

El fin de un concurso, previamente, es el hacer una obra mejor; como consecuencia—saltando el encargo garantizado a un técnico reconocido—, da posible entrada a un nuevo valor joven o desconocido por aquello de la igualdad de oportunidades.

Para que la obra resulte efectivamente mejor deben concurrir una serie de circunstancias:

- Bases del concurso buenas y clarísimas.
- Que sean tenidas muy en cuenta, en el fondo y en la forma, por los concursantes.
- Que los plazos sean lógicos en el tiempo.
- Que se realicen buenos trabajos.
- Que se falle el concurso con acierto.

Importan muchísimo las bases y cómo se tienen en cuenta.

En las bases es en el único documento en donde con toda claridad se señalan el fin, las necesidades, las intenciones del tema en cuestión. Se señala en ellas, se acaba de decir, la intención.

Podría indicarse aquí un peligro, una tensión que siempre, casi siempre, surge: el encuentro de la nobleza de unas bases—aun no siendo perfectas—y el mundo nuestro, lejano con frecuencia a la llamada.

Existe alguien, propiedad, entidad, administración, con unas necesidades que, además, quiere cubrir de la más alta manera. Nosotros, normalmente y a determinados niveles profesionales, estamos en nuestro mundo. En ocasiones se origina, en la proximidad, el diálogo de sordos.

Parece como si debiéramos, desde nuestra preparación, vibrar después de oír. Oímos, y la vibración es tan fuerte que nos impide seguir oyendo y olvidamos.

Es frecuente también la crítica de las bases, por otro lado lógica e indispensable. Si esta crítica se hace a igual nivel de conocimientos, no solamente es conveniente, sino que es, repitiendo, indispensable. No siempre sucede así, y nuestra crítica va más hacia las personas que a sus propuestas; sucede entonces que éstas se olvidan y siguen los sordos al habla. Negamos lo que de otros viene por aquella posición de una universidad del arquitecto.

Por ejemplo, un hospital, un sanatorio. En sus bases, es lógico, intervienen médicos; otras personas y otros conocimientos integran también el equipo de "basistas". Es frecuente, sin embargo, que nuestra respuesta sea *personal* y no de equipo. Opinamos y obramos, en consecuencia, sobre otras bases nacidas de nuestra personal crítica. Lo peor es que sin doctores en medicina a nuestro lado, nuestro primer trabajo es negar mucho de lo que los otros doctores nos proponen.

Estamos de nuevo, y una vez más, entre la Arquitectura bella arte y la Arquitectura servicio; concebida como la primera es, en general, como respondemos al hecho concurso. Y no se entiende bella arte a lo Palladio, sino a lo Venturi: mantenimiento a ultranza del mundo nuestro. El abismo entre nuestra acción y "lo pedido" es profundo.

Creemos siempre que el hecho concurso es la ocasión, la gran ocasión de la gran obra; pero gran obra, en el sentido nuestro, de y para los arquitectos, y esto no es. Las obras son grandes para todos, nosotros también incluidos, pero incluidos también todos los demás; ese terrible equilibrio de ellos-nosotros no existe entre los buenos arquitectos y podría dudarse, si ya son tan buenos, precisamente por su soledad. Esos estudios de arquitectos con arquitectos y con lejanía y olvido de puertas afuera. ¿Qué es una gran obra?

¿Seríamos capaces de hacer algo simplemente aplicando nuestro saber a algo? ¿Olvidarnos del importante yo? Todos sabemos de tanta importante arquitectura que lo es precisamente por haber resuelto totalmente y arquitectónicamente un problema planteado sin más y con toda su altura.

Es un dato curioso cómo se transforma algo, que como encargo haríamos tal vez más humilde y honrado, en otro algo que de ninguno de estos dos adjetivos tiene al hacer lo mismo para un concurso. ¿Es que vemos tal vez en el concurso la posibilidad de la acción libre, no siéndolo nunca? ¿No será entonces conveniente una serie de estados intermedios, discutidos con toda discreción?

Solos, normalmente, perdemos la idea de la escala en cualquier grado que se trate. Escala en el más amplio sentido del dibujo (la transforma el énfasis del concurso), escala en el sentido de la idea (la transforma el énfasis del concurso), escala en la posibilidad de realización, viabilidad (es un concurso); escala en lo económico, viabilidad; debe ser algo que nos transforma por dentro (es un concurso).

No se quiere, con toda intención, el comentar en estas notas la actuación extraordinariamente importante de la parte "contraria", promotores y jurados; se quiere darle el aire a este escrito de lo que realmente, creo yo, nos concierne a nosotros, arquitectos y concursantes; visto, claro está, desde dentro o desde fuera, como quiera verse. Es en otro lugar donde es conveniente hacer otras reflexiones.

Que cuando concursemos no forcemos a nadie, con nuestra buenisima Arquitectura, a saltar sobre esa posibilidad, siempre presente, de premios desiertos o merecidos desiertos.